

¡MIS MONTAÑAS!¹



¡Quién viese aquellas rocas
do el águila caudal hace su nido!

.

I.

¡Montañas de Nabarra!
País encantador, cuna bizarra
de virtud, de heroísmo y de nobleza
con que la historia pátria resplandece....
¡quién pudiera pintar, cual se merece,
vuestra sublime y sin igual grandeza!
Grandes sois, cual la gloria de este suelo
que en vosotras lució; porque esa gloria,
en los tiempos de lucha ó de victoria
lleva unido su nombre á vuestros nombres;
y si su independencia defendian,
duros, cual vuestras peñas, se creian
los varoniles pechos de los hombres!

II.

¡Vosotros, los que en campos abrasados
y en llanuras vivís.... venid ansiosos

(1) Composicion premiada con un *lirio de oro* en el Certámen científico, literario y artístico celebrado en Pamplona en Julio de 1885. (Véase pág.202.)

á admirar la esmeralda de estos prados;
de estos bosques frondosos
el fresco seductor, y las risueñas
aldeas, que á la falda de las lomas,
parecen blancos bandos de palomas
buscando abrigo bajo abruptas peñas!
Allí el roble gigante
vereis junto al fructífero castaño;
allí el arrullo amante
de la tórtola oireis, junto al extraño
bronco sonido del veloz torrente
que se despeña de la erguida cresta
envuelto en la neblina trasparente
á que el rayo de sol colores presta,
mostrando entre la bruma
blancos festones de brillante espuma!

III.

¡Ved la montaña azul desde la vega,
ved sus cumbres, de nieve coronadas,
y el claro rio, cuya linfa riega
praderas dilatadas!...
¡Mirad... mirad!... El agua trasparente
dá asilo al pez de plata,
que en incesante, ráudo movimiento,
del líquido elemento
cruza veloz la límpida corriente
donde el astro del día se retrata.
De la alta peña en el tajado muro
ábrese el antro oscuro
do el águila caudal hace su nido
de todos escondido;
y la reina del aire, allá á lo léjos
del Sol á los reflejos
vuela potente; en el espacio sube

sin temor á los lazos ni á las balas,
 ¡y rasga el velo de la parda nube
 con el vigor de sus robustas alas!
 En el bosque resuena
 del mirlo cantador la voz sonora
 que los espacios de armonía llena
 en cuanto el Sol los matorrales dora
 á cuyo abrigo aguarda
 el corzo saltador, la liebre parda,
 ó el jabalí cerdoso,
 á que, secas las gotas del rocío
 les brinde su verdor pasto sabroso,
 y clara linfa el cristalino río.

.

IV.

Llegad aquí, subid á la montaña
 que alfombra verde helecho su ladera...
 La sierra que os engaña
 con fingida distancia, que ántes era
 tan grande á vuestros ojos,
 está cercana, y en lugar de abrojos
 hierba hallaréis, que al blando movimiento
 del fugitivo viento,
 parece un mar, en cuyas verdes olas,
 flotan ligeros, como leve pluma,
 en vez de blanca espuma
 frescos haces de rojas amapolas.
 Ya estamos en la altura; aquí un asiento
 las rocas nos darán, y el dulce viento
 refrescará la sudorosa frente!..
 Mirad el hondo valle
 florido, perfumado, sonriente;
 el rojizo tejado del molino

que se eleva en el prado, y el vecino
campanario, y la blanca ferrería
por cuya levantada chimenea
escapa el humo denso, con que envía
contingente á las nubes *el trabajo*,
¡porque quien suba aquí, desde aquí vea
arriba á Dios, á la virtud abajo!

V.

En una humilde, pero limpia casa,
de blanca tápia y de tejado rojo,
feliz el montañés la vida pasa;
ni la riqueza ajena le da enojo,
ni en su modesto estado
le asalta más cuidado
que sustentar á su familia amada;
ni la ambicion conoce,
ni á su alma varonil conmueve el goce
de lujo, pompa y vanidad dorada.

De la falsa virtud no entiende el brillo,
y la virtud practica por costumbre;
para él, el hacer bien es tan sencillo,
como el triscar al blanco corderillo,
que pasta de sus montes en la cumbre.

.

De la humilde mansion cabe la puerta,
donde el caduco, pero firme anciano
contempla el valle con mirada incierta
mientras apoya la temblona mano
en la fuerte *makilla*
que sostiene su paso vacilante,
ángeles rubios juegan,
y en afan incesante
á la alegría y al placer se entregan
en torno del abuelo,

que ha salido á pedir, por un instante,
tibio rayo de sol al pardo cielo.

La activa montañesa,
más fresca y sonrosada que un capullo,
cuyos lábios, por rojos, de la fresa
que el monte cría fueran el orgullo,
pone en un cesto la sabrosa fruta,
que cubierta de helechos, al mercado
mañana llevará, mientras disfruta
recreando su oído
la alegre voz del rústico marido
que canta trabajando en la ladera,
y que, tan cariñoso cual querido,
todo de Dios y de su fé lo espera!

VI.

Cuando se extingue el resplandor del día,
y allá en la noche fría
cubre la niebla el valle y las montañas,
del ancho hogar la enorme chimenea
la familia rodea,
y mientras cuenta el viejo sus campañas,
ó nabarras, guerreras tradiciones,
y el pino al alumbrar chisporrotea
y á su dulce calor el can reposa,
hilan madre y esposa,
los pequeños escuchan embobados,
el padre sonriéndose los mira,
hierva la blanca leche sustanciosa
en marmita espaciosa
que á poco el ama del calor retira,
y cenan juntos, libres de cuidados,
grandes y chicos, amos y criados.

.

Cuando resuena el pavoroso trueno

que el eco en cien cavernas multiplica,
 â la luz fugitiva y vacilante
 del cârdeno relâmpago, anhelante
 la santa vela enciende presurosa
 postrândose llorosa
 ante el Cristo la honrada campesina,
 y sus hijos de hinojos â su lado,
 repiten la oracion que ha comenzado
 para implorar de la bondad divina
 su proteccion, que ruegan
 no falte â los que viajan ó navegan.

.

Cuando despues de la tenaz nevada
 que nivela los âsperos barrancos;
 la sierra, de verdura despojada,
 alza en el cielo gris sus picos blancos;
 cuando su perspectiva encantadora
 es, para el desgraciado, tan severa,
 y su belleza, que el artista adora
 al pobre desespera,
 quien pide al montañés noble socorro
 nunca escuchó un reproche;
 y si por dicha, al empezar la noche,
 un anciano impedido
 junto al dintel demanda conmovido
 con afligida voz y temblorosa
 la caridad hermosa,
 se admite al punto en los modestos lares
 al aterido pobre; se le sienta
 junto al caliente hogar, se le sustenta,
 con abundantes, rústicos manjares,
 y añadiendo una rama y otra rama
 que aumentan la rojiza, alegre llama,
 se devuelve la vida
 al desgraciado anciano en la indigencia,
 cuya sangre, en su curso detenida
 por el frio cruel, circula ahora,
 cual si pusiese en él la Providencia

su mano bienhechora!

.

Todo huésped que llega, rico ó pobre,
siempre es allí sagrado;
un obsequio no habrá, que no le sobre,
y atendido, querido, festejado,
no ha de faltarle, si á la puerta llama,
ancho hogar, limpia mesa y blanda cama.

.

¡Oh, bendito país!... ¡Montañas mías!
No ós trocara en el mundo por ninguna;
Vosotras que formais mis alegrías,
que de tantos valientes fuisteis cuna!
¡Montañas de Nabarra!
¡País encantador, cuna bizarra
de virtud, de heioismo y de nobleza!
¡Quién supiera pintar como merece,
cual en la historia pátria resplandece,
vuestra sublime y sin igual grandeza!

PEDRO DE GORRIZ.

